

La Trilogía del Retorno del Poder Ciudadano

Por Jagalit 07.10.2025



De la corrupción del privilegio a la reconstrucción moral del Estado peruano

De la corrupción del privilegio a la reconstrucción moral del Estado peruano

El Perú vive desde hace cuatro décadas una paradoja dolorosa: posee todos los recursos para prosperar, pero permanece atrapado en un ciclo de descomposición institucional. No es un país sin talento ni riqueza; es un país cuyos frutos son secuestrados por una élite que aprendió a convertir el poder público en propiedad privada.

Esta trilogía nace como una respuesta moral y política a esa captura. Es el esfuerzo del **Frente Democrático de Peruanos en Europa (FDPE)** por devolver la discusión nacional al terreno de la lucidez, lejos de la polarización, la manipulación mediática y el cinismo tecnocrático. Tres artículos —tres momentos de una misma conciencia— trazan el arco de una idea fundamental: **el poder debe regresar a los ciudadanos**.

El primer texto, “*No hace falta llenar las cárceles, hay que vaciar los ministerios de caviarios*”, enfrenta el espejismo del autoritarismo moderno. No se trata de imitar modelos foráneos ni de medir la eficacia del Estado por el número de presos, sino de comprender que la raíz del problema peruano no está en las calles sino en las instituciones capturadas. El segundo, “*Las Dos Corrupciones: Supervivencia y Privilegio en la Crisis Peruana*”, distingue entre la corrupción del que sobrevive y la del que domina. Expone con crudeza el verdadero rostro del poder impune: el que se disfraza de moral y usa la justicia como arma de control.

Finalmente, “*La Reconstrucción Moral del Estado Peruano: del privilegio a la república ciudadana*” propone la salida ética: reconstruir el Estado desde adentro, con responsabilidad, mérito y coherencia. Es un llamado a liberar al Perú del Estado patrimonial para devolverle una república funcional, donde la ley sirva al ciudadano y no al poderoso. En conjunto, estos textos son más que una crítica: son una **hoja de ruta para la regeneración nacional**. No buscan venganza ni revancha, sino equilibrio, justicia y

transparencia. El retorno del poder no significa tomar el lugar de la casta, sino **restaurar la dignidad de la ciudadanía** como fundamento de toda democracia.

El FDPE propone esta trilogía como un acto de conciencia colectiva. Si el Perú aún tiene tiempo antes de ser nuevamente capturado por la corrupción estructural, este puede ser el momento de redirigir su destino. Y si ese tiempo ya se agota, al menos quedará el testimonio de una generación que no quiso callar mientras el país se hundía en su propio cinismo.

El poder, cuando se limpia de privilegio, no se impone: **retorna por gravedad moral**. Ese retorno es el verdadero inicio de una república ciudadana.

No hace falta llenar las cárceles, hay que vaciar los ministerios de caviarios

No hace falta llenar las cárceles, hay que vaciar los ministerios de caviarios

Desde el Frente Democrático de Peruanos en Europa (FDPE) reafirmamos nuestro compromiso con la defensa de la democracia y la gobernabilidad del país. En los últimos días, algunos mensajes difundidos por ciertos periodistas han contribuido más a polarizar que a construir, recurriendo a comparaciones simplistas que no reflejan la complejidad de la realidad peruana.

El problema de la inseguridad ciudadana y la delincuencia en el Perú es grave, pero no puede resolverse con discursos incendiarios ni con fórmulas autoritarias. Nuestro país no es El Salvador, ni debe aspirar a serlo. La violencia no se combate con más violencia, sino con instituciones sólidas, justicia eficaz y una verdadera lucha contra la corrupción.

La delincuencia en el Perú no se limita a las calles; también se viste con saco y corbata, se infiltra en la política, en los contratos públicos y en los tribunales. Ese es el verdadero cáncer que carcome la confianza ciudadana. Por eso, atacar el problema requiere una estrategia integral: seguridad, justicia, educación y transparencia.

Desde el Frente Democrático de Peruanos en Europa (FDPE) afirmamos con claridad: el verdadero problema del Perú no está en las calles, sino dentro del Estado. No en los barrios pobres, sino en los despachos públicos y las redes de poder que, durante décadas, han vivido de desangrar al país.

El modelo autoritario que encierra a miles sin juicio puede impresionar, pero no construye justicia duradera. Lo que el Perú necesita es algo mucho más difícil y valiente: reconstruir el Estado desde adentro, con transparencia, meritocracia y rendición de cuentas.

La delincuencia de saco y corbata ha creado un sistema diseñado para su propia impunidad: contratos amañados, jueces complacientes, licitaciones direccionadas y organismos públicos capturados por intereses privados. Frente a eso, con llenar las cárceles no basta, nuestro deber es vaciar las instituciones de esa mafia caviar enquistada.

El periodismo libre es indispensable para la democracia, pero cuando se utiliza para incendiar el ánimo público o debilitar al Estado en lugar de fortalecerlo, pierde su función esencial. La crítica debe ser firme, sí, pero también responsable.

El FDPE promueve un debate serio, informado y constructivo. Nuestro deber como ciudadanos es exigir resultados al gobierno, pero también rechazar el populismo mediático que solo busca dividir y destruir. El Perú necesita serenidad, inteligencia y coraje moral para salir adelante, no más odio disfrazado de opinión.

El FDPE lucha por un Perú donde la justicia no dependa del cargo ni del apellido, donde las instituciones sirvan al ciudadano y no al corrupto. No buscamos venganza, buscamos limpieza moral. Y esa batalla, aunque silenciosa y larga, es la única que puede salvar al país.

[La Dos Corrupciones: Supervivencia y Privilegio en la Crisis Peruana](#)

La Dos Corrupciones: Supervivencia y Privilegio en la Crisis Peruana

En el corazón de la crisis peruana late una paradoja que la mayoría comprende, pero que pocos osan nombrar: existen dos corrupciones. Una que nace de la necesidad y otra que emana del privilegio. Mientras el discurso público las confunde, el ciudadano de a pie las vive y las distingue con claridad dolorosa.

Durante décadas, para millones de peruanos, la figura del "cuello blanco" no fue la de un delincuente, sino la de un salvador. Era el familiar que, con un llamado telefónico, liberaba a un hijo de una comisaría arbitraria; el funcionario que agilizaba un trámite vital atrapado en la burocracia. Esta era la corrupción de la supervivencia, el "Robin Hood" imperfecto de un pueblo que aprendió a navegar un Estado que lo abandonaba. Era un mal menor, pero humano; un acto de solidaridad en un sistema fallido.

Sin embargo, en las altas esferas de la "mafiosa casta caviar", opera una corrupción de naturaleza distinta y moralmente más repulsiva. No es la del que recurre a un contacto para salvar a un familiar, sino la del que frunce el ceño y exige: "¿Tú sabes quién soy yo?". Aquí, la corrupción no es un recurso para sortear la injusticia, sino la expresión máxima de un privilegio heredado. Es la arrogancia de quienes consideran la ley solamente aplicada para los plebeyos.

Esta élite burocrática y política ha convertido el Estado en su feudo. Sus faltas no son delitos, sino "pecados veniales": transgresiones que se absuelven con una llamada, se borran con un apellido o se negocian en los pasillos del poder. Mientras el ciudadano común carga con el peso de la ley, esta casta vive en un Perú paralelo de contratos amañados, licitaciones direccionaladas y jueces complacientes.

El cinismo mayor llega cuando esta misma casta, que durante años operó en las sombras, secuestra la bandera de la lucha anticorrupción. Medicinalizan el término "cuello blanco" y

convierten la justicia en un arma de guerra política, persiguiendo selectivamente a sus adversarios mientras blindan su propia impunidad. Han descubierto que, en la era moderna, controlar los tribunales es más rentable que controlar los contratos, es decir descubrieron un juego más rentable: no solo usar el poder, sino controlar la justicia misma. Esta es la verdadera fractura del Perú. No es solo entre ricos y pobres, ni entre izquierda y derecha. Es la grieta entre quienes creen que la ley debe ser igual para todos y quienes susurran, con desdén aristocrático, que el país existe para servirlos. Nos han hecho creer que los pobres podemos ser, irónicamente, de derecha o de izquierda, y vivir en los cerros con la esperanza de salir de allí algún día, a cambio de defender a la casta caviar incluso con la vida. Nos convierten en carne de cañón de una guerra ideológica que solo sirve para distraernos del verdadero saqueo: el de ellos.

La solución, por lo tanto, no puede ser simple. No basta con llenar las cárceles con delincuentes callejeros, ni con perseguir mediáticamente a unos cuantos "cuellos blancos" convenientemente seleccionados. La auténtica batalla, la única que puede salvar a la nación, es vaciar las instituciones de esta cultura de privilegio, de los de saco y corbata, de la casta caviar. Es reconstruir un Estado donde la justicia no dependa del apellido, donde el trámite funcione sin palanca, y donde el único "¿tú sabes quién soy yo?" que valga sea el de un ciudadano común reclamando sus derechos.

Es una batalla larga, inteligente y silenciosa, no por venganza, sino por limpieza moral. Exactamente como el GEIN lo hizo contra el terrorismo de Sendero Luminoso, ahora es contra el terrorismo caviar. Es el horizonte de un Perú donde la ley, al fin, deje de ser una cuerda que solo ata a los de abajo.

La Reconstrucción Moral del Estado Peruano: Del Privilegio a la República Ciudadana

La Reconstrucción Moral del Estado Peruano: Del Privilegio a la República Ciudadana

I Perú no es un país pobre: es un país saqueado. Sus recursos naturales, su talento humano y su diversidad cultural bastarían para sostener una nación próspera y justa. Lo que lo empobrece no es la falta de medios, sino la captura del Estado por una casta que convirtió el poder público en instrumento de privilegio.

Pero toda estructura corrupta tiene un límite físico y moral. Cuando la mentira se vuelve sistema, la verdad recupera peso específico. La reconstrucción del Perú no vendrá de un milagro ni de un caudillo, sino de una gravedad moral que empuja hacia el orden, la transparencia y la decencia. Si logramos, aunque sea por un breve instante, liberar al Estado de quienes lo usan como botín, los recursos y el talento nacional fluirán por sí mismos hacia la reconstrucción.

Esa es la tarea histórica: pasar del Estado patrimonial al Estado ciudadano. No se trata de destruir, sino de restaurar la República sobre tres pilares: responsabilidad, mérito y coherencia. Un Estado responsable porque responde al pueblo, meritocrático porque sirve a los capaces y coherente porque cumple lo que promete.

No será una revolución ruidosa. Será una revolución moral silenciosa, donde cada institución vuelva a tener sentido y cada funcionario entienda que servir no es reinar. El Perú no necesita salvadores; necesita ciudadanos lúcidos que asuman el deber de mantener el Estado limpio y justo.

Si hay tiempo antes de que la corrupción vuelva a capturar el aparato público, esa generación podría reencaminar el país. Si no la hay, quedará al menos la conciencia de que alguna vez supimos ver con claridad lo que debía hacerse.

El futuro del Perú depende de eso: de que la moral recupere su gravedad y el privilegio pierda su levitación impune.